

LA PAJARA PINTA

PUBLICACION DE EDITORIAL UNIVERSITARIA

Director: Italo López Vallecillos

Año III

San Salvador, El Salvador Enero de 1968

No. 25

Nuevos Libros de Editorial Universitaria



OSWALDO ESCOBAR VELADO
(1919 - 1961)

“Poemas Escogidos” de Oswaldo Escobar Velado

Fragmento del Prólogo

OSWALDO ESCOBAR VELADO pertenece a la generación de escritores que cumplió su compromiso con el pueblo y se lanzó a las calles agitadas por la huelga en las jornadas de Abril y Mayo de 1944. Es acaso el poeta más representativo de aquella lucha reivindicadora del 2 de Abril que encendió la chispa de las revoluciones democráticas en América Latina bajo el signo de la Carta del Atlántico y de las cuatro libertades de Roosevelt. La lucha universal contra el fascismo significaba en América, librar batallas contra las dictaduras militares pro-nazis y enemigas de sus pueblos.

De todo esto habla este libro. Del drama de una generación de poetas y escritores que hubo de empuñar el fusil para conquistar la libertad sojuzgada por el martinato y que fue lanzada al exilio largo y terrible por la contrarrevolución. Pero no el exilio de ida y de

regreso que inventan los poetas líricamente. Era el exilio apátrida, sin documentos, al que fuimos lanzados violentamente —yo pertenezco honrosamente a esa generación— como una maleta de viaje, en tránsito, porque no hay país que pueda recibirnos. O aquel que nos arroja por muchos años frustrando las mejores esperanzas y destruyendo la vida. ¿Por cuánto tiempo? ¿Por cinco, por diez años? La vida partida en dos, interrumpido el ritmo seguro o segado el fino estambre por dentro, que es más doloroso que la muerte misma.

La angustia de Oswaldo Escobar Velado tiene su pozo oscuro en esta experiencia que destruyó sus mejores sueños. De ella, sin embargo, se levanta como del fondo del abismo para invitarnos a seguir luchando. Tal es la temática de este libro que insurge como un soldado lanzando el canto encendido como una granada de mano.

La breve vida del poeta puede seguirse a través de las etapas de su

poesía. POEMAS CON LOS OJOS CERRADOS —editado en Guayaquil, Ecuador, en 1943— y cuya selección se ofrece en esta obra, recoge los cantos juveniles del poeta, la novia del barrio, los crepúsculos románticos, las primeras citas de amor. Son poemas sencillos, pinturas del paisaje cuscatleco que guardan reminiscencias de Alfredo Espino. A Radmila Peters le canta “desde el burrito blanco de mi pueblo”. Y describe la iglesia tendida sobre el llano —ovejita celeste que come grama verde—. El pueblo es como una mariposa que se quedó dormida con las alas celestes en el cerro. La novia tiene “el corazón de azúcar” y la abuelita “es una oración blanca” que se fue con la mañana.

Las imágenes simples tienen la diaphanidad de los manantiales. Pero ahora el canto se transforma. DIEZ SONETOS PARA MIL Y MAS OBREROS (1950) recoge cuadros de la vida real, clamores de lucha, denuncias sociales. La intención del poeta se define en la poesía de tesis, de tendencia. Ahora se inicia el canto militante y el poeta se incorpora a esa lucha universal. Vida y obra se encuentran indisolublemente fundidas. La misma forma poética viene como emanada de substratum popular. Su poesía es ahora esencial hija del pueblo, mensaje de su entraña, voz de multitudes.

Le canta a la Patria, a Centro América y evoca las líneas de su mano, los cinco caminos de la herida Istmánia; Honduras, la tierra de pinos altos y de espadas sonoras. A Guatemala, “tierra donde el jaguar sorprende al palpitante pecho de la montaña que vibra como un arco”. A Nicaragua: “Al Norte, tu Capitán Sandino, tu puma que la noche detiene con su salto. Al Sur, tu gran jilguero de maíz sonoro, tu Rubén, tu palabra y tu delgado aroma”. A Costa Rica, “pequeña patria de las orquídeas temblorosas”. A Panamá “Herida Patria el corazón te sangra partido en dos...”

Y luego, El Salvador, “tierra azul donde el venado cruza”. Este poemario recoge perfectos sonetos a Centro América, verdaderas pinturas preciosas. Las imágenes son impresionistas —¿No es el impresionismo una etapa poética en tránsito al realismo?— Poesía objetiva de instantáneas sentimentales a la flor de izote, a la rosa de Guatemala —patria de las perpetuas rosas— a la flor del maíz, a la flor de Rubén, “flor extraña, choroteaga”. A la guaría, al Venado...

Cruza el venado como flecha de oro manchada de cobalto en un salto sonoro, la llanura que resulta pequeña para el salto.

Vuelve a ser el paisajista multicolor del trópico, de la mañana del trópico, llena de luz y sonidos. De la montaña hija del sol que pinta de colores el fuerte cuadro impresionista. El jilguero de Cuzcatlán recoge el canto de Alfre-

do Espino y lo fija en la paleta del pintor con “verdes sonoros”, con amarillos de chiltota “amarillo que canta su amarillo violín”: Imágenes sinestésicas y cromáticas.

Pero cambia el paisaje en CUBAMERICA —1960—. Es la Salutación Revolucionaria, el Canto Socialista, la Canción Agraria a Cuba. El Canto a los Héroes del Cuartel Moncada y de Sierra Maestra. La nueva Cuba del Varadero, la Cuba de Fidel:

Te podrías llamar Sierra Maestra; o Fidel, o Camilo, O con el nombre de un héroe caído por levantar tu estrella.

En el Fragmento Inédito, CUSCATLAN EN TV, su poesía tiene el amanecer del color de una cinta de Walt Disney. Contiene este poemario, imágenes perfectas. Oswaldo ha logrado dominar la cárcel del soneto, ha dominado su técnica y ha alcanzado la madurez plena de su arte. Las imágenes alcanzan ahora perfección clásica:

Si fuera la paterna cartapacio, ella guardara, emocionada y fina, en lugar de su fruto, su topacio envuelto en una blanca muselina.

El carao es una “flauta” y el viento al soplar “el carao sensitivo se vuelve melodioso”. El carao es la flauta del mismo Pan.

CARTA DESDE EL SPUTNIK, está fechada el 20 de octubre de 1957:

Tan pequeño es el mundo que es una estupidez el haberlo repartido. Debí de ser de todos para que la alegría no fuera reservada, a unos pocos.

TEKIJ es la evocación poética al pasado precolombino, a los mames pipiles que empujan nuestra sangre. “Era el calendario venado primitivo”. Es una recreación del poema de Darío: TUTE-COTZIMIT. Recoge la antigua leyenda de la insurrección contra Cuauhmichín, el cacique infame que derramó la sangre pipil. Era Tekij, el poeta, el que levantó su palabra contra la tiranía y preparó el camino de los poetas del pueblo:

“De él nos viene el aromado acento; la sílaba flexible como leopardo; la frase alimenticia y el vino de los héroes”.

La sombra del Gran Aparecido, Tute-cotzimit tiene la fuerza inmemorial de la sombra de Darío, el rey de los Persas, cuando se aparece a Jerjes y le manda que no luche contra los griegos “porque hasta la tierra pelea por ellos”, en LOS PERSAS de Esquilo. Tutecotzi-

(Pasa a la página 6)

Este volumen está a la venta en las principales librerías y puestos de revistas de El Salvador

Cómprelo, Solicítelo a Editorial Universitaria
Teléfono 21-3547 - San Salvador, El Salvador.

CAMILO TORRES, Y EL DIALOGO ENTRE REVOLUCIONARIOS

Por Raúl Castellanos F.*

Agradezco a los dirigentes del Frente Estudiantil Social Cristiano de Areas Comunes la invitación que me hicieron para participar en esta Mesa Redonda en torno de la personalidad del Padre Camilo Torres.

Creo en el valor de la discusión de las ideas y estoy seguro de que iniciativas como la de efectuar esta Mesa Redonda, partiendo de jóvenes estudiantes universitarios, los benefician a ellos mismos y son de un significado positivo para el país.

El tema que me señalaron a mí los organizadores de esta reunión, es: "Camilo Torres y el diálogo entre revolucionarios". Para comenzar, permítaseme expresar mi plena simpatía y mi admiración sincera hacia la figura del padre Camilo Torres, hombre, sacerdote, revolucionario, guerrillero.

Lo más importante en un hombre es que sepa lo que quiere y que defienda sus ideas con decisión, con lealtad y, si es preciso, con sacrificio. Por supuesto, y yendo más allá de la pura individualidad, cuando lo que un hombre quiere interpreta las aspiraciones históricas de su pueblo, y se entrega a esta causa con toda la carga de su talento, de su valor y de su pasión, entonces tenemos allí al héroe.

Camilo Torres fue un héroe. Es definitivamente un héroe, una personalidad extraordinaria, una figura de relieve histórico, lo mismo para Colombia que para toda la América Latina.

Si Camilo Torres hubiera sido un hombre como cualquier otro, la inmolation de su vida sirviendo a la lucha revolucionaria habría sido suficiente razón para vivir por siempre en el corazón del pueblo y convertirse en una figura de leyenda. Pero lo más importante en Camilo Torres es que él fue, precisamente, un sacerdote, un hombre de sotana, que sin embargo, frente al choque con ciertas realidades sociales, supo sobreponerse al tremendo peso de las tradiciones que rodeaban su condición sacerdotal y supo también enfrentarse a una jerarquía eclesiástica incapaz de comprender y compartir sus aspiraciones, para entregarse él, con la fe de un auténtico cristiano y la devoción de un prócer independentista, a la causa de la liberación de su pueblo. Camilo Torres corrió, así, al encuentro de su destino y sacrificó su vida, heroicamente sonriendo.

Los católicos a su modo, reprochan al Padre Camilo el haber recurrido a la violencia, irrespetando el mandamiento-terminante, preciso: "¡No matarás!". Pienso que eso es desconocer la superior escala de valores de acuerdo con la cual el Padre Camilo ordenó lealmente su propia vida, su pensamiento y sus acciones. Eso es también no tener suficientemente en cuenta la nueva hora que están viviendo los pueblos de Latinoamérica y los pueblos de todo el mundo. Eso es, además, no valorar bien



Presbítero Camilo Torres Restrepo

el papel desempeñado por el Padre Camilo al servicio de su propia Iglesia, cuando en interpretación iluminada de ese gran viraje que da esa Iglesia en nuestros días, y que es uno de los más profundos y trascendentales registrados en toda su historia, él, Camilo Torres, aparece ubicado en la primerísima fila y se presenta ante las masas oprimidas como sacerdote, dirigente popular y guerrillero mártir.

Yo diría que el Cura Camilo, muerto con una metralleta en la mano, no sólo es signo de esta hora trágica y heroica que vive nuestra América, esclavizada de siglos, sino también símbolo del impresionante esfuerzo renovador que hace la poderosa Iglesia Católica para no quedarse atrás del pulso del mundo. Y quien es capaz de ser un signo así y un símbolo así, merece que se le reconozca como un ser superior.

Desde luego, si a Camilo Torres le rendimos homenaje, inclusive los que no compartimos sus creencias religiosas, es comprensible que quienes sí las comparten y alientan también sinceras preocupaciones por la justicia social, tengan motivos sobrados no sólo para ofrecerle su homenaje sino también para mostrarlo, orgullosos, como algo suyo, grande.

Pero si semejante derecho no puede ser objeto de ningún regateo, considero

que su reconocimiento debe ir acompañado, al menos de parte mía, en esta ocasión, de otras consideraciones, también expresadas con toda franqueza.

Creo, ante todo, que Camilo Torres, más que un nombre para exhibir en vitrina, representa un terrible compromiso y un grave ejemplo. Utilizar el nombre de Camilo Torres con fines de pura propaganda, para hacerlo figurar en la misma galería de los combatientes populares de otras tendencias filosófico-religiosas, como si la principal preocupación fuera demostrar que ya hay no solamente jefes guerrilleros ateos sino también jefes guerrilleros con Dios y hasta con sotana, hacer esto, digo, sería no comprender la figura de Camilo Torres, no respetar su nombre y no seguir verdaderamente su ejemplo.

Lo cierto es, precisamente, que a los hombres héroes, como Camilo Torres, sólo hay una manera honrada y verdadera de rendirles homenaje: comprender a fondo el contenido de su mensaje y disponerse a seguir, con todos los desgarramientos y sacrificios que sean necesarios, la luminosidad de sus huellas.

Huellas dejó profundas Camilo Torres. De esto vamos a ocuparnos más adelante.

Ya está dicho y reconocido que un viento renovador recorre en estos mo-

mentos por dentro a la Iglesia Católica. Las expresiones de ese fenómeno son numerosas y visibles. En esta hora de paso del capitalismo al socialismo y de inicio de la era nuclear, el mundo entero se transforma aceleradamente y algo tenía que suceder también en el mundo religioso. En el caso de la Iglesia Católica, sus dirigentes advirtieron que ya la institución no podía seguir igual. Dieron comienzo así a lo que se llama el "aggiornamento", o sea ponerse al día.

Examinar el conjunto de ese acontecimiento complejo, estaría fuera de los límites de esta intervención. Para sí, para los fines del desarrollo del tema que me fuera señalado, considero interesante hacer por lo menos referencia a algunos hechos derivados.

Todos hemos oído hablar, por ejemplo, en estos últimos tiempos, de la actitud de la Iglesia apuntando la necesidad del diálogo, y ya no solamente con los hombres de otras creencias religiosas, sino también con los no creyentes, es decir, con los ateos. La Iglesia, a propósito, ha dicho reconocer sinceramente que "todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo en el que viven en común" (1).

Explicándose mejor, ha planteado: "Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política y aún religiosa, deben ser objeto de nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo" (2).

Hoy el diálogo está entablado. En Europa, particularmente. Allí se han venido desarrollando en los años recientes importantes reuniones de diálogo, con la participación de marxistas, es decir, revolucionarios, y católicos: católicos que expresan las corrientes más avanzadas de su Iglesia.

En algunos países, como España, donde la alta jerarquía eclesiástica se identificó estrechamente desde el principio con la dictadura de Franco, se presentan igualmente ahora signos nuevos. Un sacerdote como el padre José María González y Ruiz, en un artículo titulado "Una repulsa irrazonada del marxismo es un pecado de ofensa al prójimo" (Periódico "Juventud Obrera", Suplemento de los Boletines de Militantes de la Juventud Obrera Católica, que se edita en Madrid), llega a decir: "El humanismo marxista alimenta hoy prácticamente a un tercio de la población planetaria. Es un fenómeno cuya existencia no podemos negar ni atenuar por más que escondamos la cabeza debajo del ala con el gesto hipócrita y cobarde del avestruz... Un auténtico creyente debe poseer la fe suficiente para lanzarse decidido al riesgo de un diálogo..."

Enfoques como el anterior, cada vez más extendidos, han ido propiciando que el diálogo entre católicos y marxistas españoles se desarrolle y profundice con el transcurso del tiempo. Lo más importante es que el diálogo, esto es, el intercambio ideológico, se ha visto acom-

(Pasa a la pág. 6)

El Cura Camilo, muerto con una metralleta en la mano, no sólo es signo de esta hora trágica y heroica que vive nuestra América, esclavizada de siglos, sino también símbolo del impresionante esfuerzo renovador que hace la poderosa Iglesia Católica para no quedarse atrás del pulso del mundo.

* Raúl Castellanos F., escritor y político salvadoreño. Dirección: Apartado Postal 128, San Salvador, El Salvador, C. A.

A mi hermana Margarita, con gran afecto.

Ahí donde usted lo ve, ese puente no es cualquier puente. Tiene nombre. Nosotros se lo pusimos, sí señor. Mire la placa; dice que lo construyó un gobierno, pero miente. Nos lo jalamos muchos, a puro tendón. Pero sobre todo lo puso aquí, de lado a lado, un hombre. Por eso lo llamamos el Paco Godínez.

Mi bestia resopló a toda nariz cuando en mitad del puente nos detuvimos a leer la placa, arriba un tropel de escabrosos nubarrones, abajo el río esa mañana más Toro que nunca, pero no Amarillo: chocolate rugiente.

Era octubre y había llovido tieso y parejo toda la noche anterior. Veníamos de casi nadar en barro y a poco más volvíamos a hacerlo camino adentro.

Cuando después desmontamos yo ignoraba aún que aquella casa y su corral habían sido de Paco Godínez. Un niño con machete al cinto y sombrero de lona lo atravesó arreando una vaca seguido de su perro. Una mujer oloro-

y unas manos que ya se deseaba uno. Mire, si otros podían capar chanchos y ayudar a parir a una yegua en apuros, Godínez podía con eso, pero también destazar a la perfección o herrar caballos como un maestro. Si mi tía Honoria era un catecismo en yerbas medicinales y cataplasmas, Godínez no sólo le daba punto y raya, sino que se iba a Guápiles y regresaba con la receta que de veras salvaba. Agarraba una terciopelo viva como jugando, no más para explicarnos, haciéndolo él mismo, cómo los entendidos le sacaban el veneno para el butantán, o nos preparaba un unto para chanchos y reses que les espantaba como con la mano los vampiros. Sí señor. ¿Qué otros podían con la carpintería? Pues él lo hacía mejor, a más de albañilería y cosas de electricidad, como aquella vez que trajo un generador de automóvil con su batería y lo puso a caminar a fuerza de agua y a encender cuatro bombillas. Apostó que se podía, y ganó. Sí, de todo; un día vino un cura y dijo misa al aire libre. ¿Sabe quién se la ayudó? Quién iba a ser: Godínez. Y por Godínez mi tata y los demás, que ahora tienen ya escrituradas sus tierras, no las

la cosa y en un mes pasó él de primero. No sabe cuánto nos costó jalar con un tren de mulas los gigantones de manú y más todavía parar y enterrar el de acá, y más todavía pasar el otro al lado de allá para lo mismo, y se nos vino el condenado abajo, y lo volvimos a parar, y se nos volvió a venir, hasta que al fin lo pudimos con un tecele que improvisó Godínez. Y todo para aquella desgracia. Sí, muy al pelo el andarivel. Pasábamos, aunque fuera en aquel como trapecio de circo, porque para hacerle canasta no hubo material y uno se sentaba en el palo atravesado y a jalar el chicote se ha dicho. De un lado al otro, y a la visconversa. Hasta hubo vez que por recrecido el río más de un novillo pasó guindando y bramando a aquella altura de mareo, bien amarrado al trapecio. Hasta que, bueno, tenía que pasar, se le mató la propia mujer a Paco Godínez. El palo de sentarse estaba como quien dice quebrantado o le había entrado el hongo y en mitad de allá arriba se fue enterita al río. Y lo peor, con el menor de los chiquillos. Iban tierra afuera a que lo viera un doctor, porque Paco Godínez pensó que podía

“No me van a dejar solo esta vez. Me van a ayudar, hombres. Tenemos que demostrarle a ese río que también podemos ponerle freno y albarda con todo y la grupera”.

Y fue entonces cuando como que, de veras, sobre todo los más muchachos, comenzamos a soñar. Sueño de puente, sí. Con bastiones de mampostería; con cables así de gruesos, y abajo tablones seguros para pasar como meciéndose, como bailando. Ya no tendríamos que sacar los sacos de maíz y los racimos de plátanos y los chanchos cebados colgando como congos de aquel maldito andarivel. Y los más jóvenes fuimos a la casa de Paco Godínez, le dijimos que contara con nosotros, y él nos alzó a ver endemoniadamente contento.

“Convenzan a sus tatas, potrillos. Díganles que todo se puede si los hombres lo quieren”. Y los convencimos. Volvieron otra vuelta los memoriales de Paco Godínez con las firmas de todos, las idas en grupo a Limón, a San José, a los infiernos mismos... “a humillarse como pordioseros con los diputados —se reía el hombre—, con tal de tener el puente”. Y a punta de yeguas y

Los Toros

Un Cuento de Fabián Dobles*

sa a humo de cocina saludó a mi ayudante con torrentosa efusión de viejos conocidos, me estrechó a mí la mano y nos pasó adelante.

—Sí, cómo no, pueden dejar el equipaje aquí y alojarse, si cuando mi hermano vuelva no se opone—respondió a nuestro pedimento—. Hay un cuarto disponible; otro ingeniero lo ocupó hace unos años.

En la pared de la tosca salita había un retrato que, desde sus ojos pequeños y punzantes, nos miraba.

—Ese era Paco Godínez, sí señor —dijo mi ayudante—. Cuando me fui a Limón a buscar horizontes así estaba; de unos sesenta años ya, tal vez.

Mi ayudante con la mira y yo con el teodolito, al día siguiente comenzamos el trabajo de medición topográfica para el proyecto vial. El conocía bien su zona natal y me resultaba doblemente útil.

Una noche de aquellas, sentados en el corredor de la casa, me dijo:

—Allá, un poco arriba de donde ahora está el Paco Godínez, estuvo el andarivel. El lo hizo con la ayuda de mi tata y los demás. No sé cómo, pero ese hombre se las sabía todas; se gastaba una cabeza

perdieron. Hizo reuniones, redactó memoriales, consiguió firmas, fue yo qué sé cuántas veces a Puerto Limón y a San José a dárselas con abogados y jueces, el Resguardo lo agarró preso en dos o tres de esas, y en la última, si no es porque entre todos nosotros lo rodeamos hasta con escopetas algunos para jugarla con él, le dan fuego a su casa, que entonces era apenas un rancho. Adiós, pero se salió con la suya. La compañía bananera, que estaba vendiendo a los Sotillos todas esas tierras ahí para allá, no pudo desalojarnos; a la postrera no pudo, como tampoco lo pudieron endespues los Sotillos, esos mismos que tanto y cuánto pujaron para que no se hiciera el andarivel. Ha visto; se oponían, según Paco Godínez porque con el andarivel se les iba a cundir aún más de parásitos todo esto y ellos por el momento tenían suficiente con toda la tierra del otro lado del Toro Amarillo para sus cacaotales y cortas de madera, y querían las de acá queditas y en paz para el futuro. Pero, sí señor, ya le digo, se les volvió a atravesar el hombre como quien dice un diablo en medio del camino, y que ni que fuera un ingeniero consiguió no sé con cuál ministerio o si con la municipalidad de Limón el cable y las poleas, nos animó a todos a trabajar en

ser cólico miserere y para eso él si que no, por mucho que supiera.

Caray, sí, qué gran golpe se llevó el hombre. Porque si era muchos en el hacer y el gozar, lo era también para sufrir. Que lloró, lloró, y cómo. Pero así que le amainó el temporal más fuerte —meses y meses de quedarse mudo y sólo como caballo amorriñado— dijo que era que ese bandido Toro Amarillo se había desquitado con él por haberle como quien dice puesto cincha.

“Pero para ese toro mostrenco estamos aquí otros toros más bravos” fue lo que se nos dejó decir cuando se arrancó la estaca del corazón y nos volvió a reunir. “El andarivel no sirve. Ya se ve que es una temeridad. Antes se ahogaba gente. Ahora se nos cae y el río se la traga. Tenemos que hacerle un puente con todas las de ley. De hamaca”.

Los más viejos se volvieron a ver entre ellos como pensando “está loco”. Uno le preguntó cómo y con qué, en estas remotidades.

“No tenemos ni en qué caer muertos”, se le oyó a otro.

“Y si con qué tuviéramos, mejor sería para comprar más chanchos o algunos novillos”, dijo mi tata.

Pero Paco Godínez, sí señor, se paró en medio de todos y gritó:

mulas dos años después fueron llegando cables gruesos, y cajas de tornillos con ternañas tuercas, y arena y cemento y algunos albañiles con su capataz, aunque el capataz de verdad lo resultó siendo Paco Godínez.

Hubo puente, sí señor, sólo que angosto y algo bajo, muy pegado al río, y en la crecida de uno de esos años nos llevó la trampa porque el Toro lo arrastró. Se sacudió la albarda el condenado.

Yo, por entonces, me fui para Limón. Eranios muchos hermanos y quería aprender cosas. Pero antes oí a Paco Godínez jurar hecho un demonio que eso no se quedaba así. “Más amarillo te vas a poner, de rabia, cuando te hagamos un verdadero puente que no te podás llevar, Toro de los diablos”, gritó estando con otros viejos mientras se tomaban unos tragos frente a los bastiones desquiciados.

Ese puente es este, el Paco Godínez. Antes pasaron años, qué sé yo más cuántos memoriales y viajes a la capital y formación de juntas progresistas y esperanzas y decepciones. Si hasta, lo que fue demasiado hacer y demasiado dar, Paco Godínez le ofreció la adhesión a un candidato que detestaba y le prometió que todas las familias de acá del río votarían por él

(Pasa a la página 7)

* Fabián Dobles, escritor costarricense. Autor de novelas, cuentos y ensayos. Reside en San José, Costa Rica.

MIGUEL ANGEL ESPINO



Miguel Angel Espino (1902-1967)

Miguel Angel Espino pertenece a la generación literaria de El Salvador de 1920. Su obra principal tiene como marco el ambiente rural, la campiña explosiva en luces y colores. El hombre dentro del paisaje; el hombre mismo hecho paisaje.

Espino, al contrario de lo que hicieron muchos de sus contemporáneos, buscó lo nativo como tema casi único de sus relatos, cuentos y novelas. Ahí está para corroborarlo "Mitología de Cuscatlán", pequeño vaso en el que se reúne la leyenda popular, transmitida de generación en generación. Ahí los personajes fabulosos, mitad misterio y mitad realidad, que el salvadoreño ha creado para asombrar la mente de los niños y aun la de adultos creyentes y supersticiosos. Estos mitos están escritos con ingenuidad, con candor provinciano, tal parece que, quien los tomara de la habladoría, creyese también en ellos.

Las breves prosas aquí recogidas pertenecen a COMO CANTAN ALLA. En ellas aparece el pueblo tranquilo, el pueblo tirado en la falda del volcán, con sus casitas blancas, sus empedrados, sus maquilishuats, sus ceibas y, desde luego, sus gentes sencillas en una paz ya para siempre ida. Provincia donde la vida adquiere el sentido de la rutina plácida; viejecillas beatas sentadas en las puertas de las casas, cipotes que encumbran barriletes y curas y viejos salidos de la "picaresca" criolla.

Hay en esta prosa poética reminiscencia de infancia. Emoción escolar, sencilla. Espino vio, sintió así las cosas; él no hizo sino pintar las acuarelas, impresionado por la luz que, en el trópico, devora al hombre.

Miguel Angel Espino fue testigo de un período de transición en la vida salvadoreña, en su niñez, infancia y juventud predominaron las condiciones de vida agrícola, semi feudal; en su madurez, el país experimentó algunos pequeños cambios: surgió de manera clara lo urbano, lo industrial. Atrás quedaron las estampas solariegas, los conventos, las escuelitas pobladas de niños y pájaros.

Dos importantes novelas dejó Espino: HOMBRES CONTRA LA MUERTE y TRENES, las cuales merecen el estudio valorativo de la crítica. De manera especial debe destacarse la primera de estas novelas, tanto por la prosa rica en imágenes como por el tema social que desarrolla. En "HOMBRES CONTRA LA MUERTE", Espino denuncia la injusticia rural en la zona de Belice, tierra centroamericana en poder del colonialismo inglés.

Espino falleció en San Salvador el 1º de Octubre de 1967, tras una larga y cruel enfermedad. Como todo gran escritor en estos medios inhóspitos, vivió abrumado de soledad e indiferencia, olvidado por unos, querido por otros. Su muerte significa una pérdida significativa para las letras centroamericanas. La edición de sus obras es tarea por cumplir en el proceso cultural del país. I.L.V.

Miguel Angel Espino nació en Santa Ana el 17 de diciembre de 1902.

Obras: Mitología de Cuzcatlán (Prosas poéticas; San Salvador, 1919); Cómo cantan allá (Prosa poéticas; San Salvador, 1926); Trenes (Novela; Santiago de Chile, 1940); Hombres contra la muerte (Novela; México, 1947) y breves ensayos literarios. Falleció en San Salvador el 1º de octubre de 1967.

Mañana Domingo

El cielo amanecía limpio, yo tenía la cara lavada y por las puertas entraba un gran olor a lirio. Si no llorás te doy dulces, decía el Tío Rafa.

Estos domingos míos ya no tienen la locura de la fruta mielosa que se brindaba en la plaza, ni la divina música miserable, ni el cielo y mi corazón, que eran dos cosas tan limpias!

La Milagro

Este es el eco melodioso que me llega de allá. Si la Milagro reía se llenaba de rumor la heredad. Sonaba como si vaciaran un cántaro de agua llovida sobre una maceta de flores. Nació cerca de un río, y su alegría copiaba el torrente azul. Su risa mojaba. Reía a chorros. Reía con toda la boca. Mejor, con todos sus ojos. Porque junto a la risa de agua rota, canora, brillaba la risa oscura, silenciosa, de sus pupilas estrelladas.

Después la vi. Dormía a un niño. La risa blanca y la risa oscura eran dos claridades. Y después la vi otra vez. Con los ojos cerrados, cubierta de flores blancas, cerradas las fuentes de canción, y un gran cirio encendido...

Cuando oigo un agua que cae, un trino que empieza, me pongo a escuchar soñando: —Es la Milagro, es la Milagro.

Mi Madrina

Acordémonos con dulzura, es "la que se quedó para vestir santos".

Ella bebía café.

Un Día

En el río, una tarde... buscaba flores por entre la maleza, y la que se bañaba desnuda no sintió mis pasos.

Las frutas de las ramas no estaban tan rosadas, ni temblaban de frío. Yo, bajo los ramajes, sentía la impresión, de un gajo de uvas, de un ácido fresco, de un licor dulce.

Cuando miro una estrella limpia, un árbol lavado, revive la desnudez primera que deslumbró mis ojos, la muchacha indolente que miraba el río, y que temblaba como un bejuco desesperado reventando en flores.

Barriletes Perdidos

Mi barrilete era blanco. Corazón de mis sueños, volandero y ágil, tenía de pájaro y tenía de ilusión cuando en la tarde del pueblo cruzaba como una ala perdida sobre los techos y los árboles.

Algo de locura había en sus colores, algo de leve y grande. Los cortaba cantando, y quizá por eso a veces tenían forma de canción. Resultaban inquietos, alegres, sin peso, hechos para volar. Aquellas horas despedían luz. Sobre el papel, ya de noche, me quedaba dormido, cansado por el afán. Y al fin los soltaba al espacio, los lanzaba al cielo, así como se suelta una esperanza para verla mejor. Ya estaban allá. ¡Gracias a Dios! Sentía que le había puesto alas a un ensueño. Aquel día era de victoria para mí.

El ocaso bañaba en chorros de luz las cometas aquellas. De lejos las conocía. Desde el patio las nombraba. Tenían nombres pequeños, dulcitos, ligeros, inventados con risas, para decirlos de prisa con la boca llena de sol: la loca, la alegre, la luna. La mía —la de seda, que fue orgullo del barrio— era conocida en aquellos lugares por "la cantadora". Zumbaba que era un tesoro. En el aire, al agitar sus aletas, producía un son aéreo, celeste, apenitas. Me venía por el hilo, lo recibía en las manos como una miel, y feliz, apretaba el ruido contra el corazón. Aquel barrilete era un milagro, una dicha. Lo soñaba roto. Lo soñaba cantando. Lo soñaba perdido, enredado entre celajes, o sentía que de pronto, entre las manos asoleadas, en vez de una cometa blanca me palpitaba un lucero.

Cada vez que lo soltaba le daba un beso. Yo le daba consejos... y creo que me entendía. Cuidado con las nubes... baja luego... no se te olvide cantar fuerte para que te oigan todos los muchachos.

Como era blanco, se confundía con las nubes, con las palomas y con todo lo blanco. Ya no lo veía. Lo sentía. Lo adivinaba. ¡Este barrilete loco se me va a perder! Porque pedía más hilo, más hilo.

Una vez, la tarde se me llenó de amargura. Lloré a mares. Yo estaba conmovido de placer. De repente sentí que no me llamaba. Me quedé mudo. Seguí con la fantasía el viaje remoto, muchos días. Todavía no la puedo olvidar. Cierro los ojos y la veo. Pajarita de seda desesperada, la mejor del pueblo, ala y música, vuelo alegre, espíritu inquieto del celaje. El más afortunado de mis cariños, el más blanco de mis juguetes, la más alta de mis canciones.

Ahora que ya no tengo amores, ni vuelan sobre el patio de la casa los pájaros que fabricó mi candor, hay minutos de sombra en que me pongo a suspirar no sé por qué imposible que opacó mi vivir. Y siento ganas sagradas de beber otra vez el aire de aquel octubre que nos despeinaba a besos. Y vuelvo a ver la gloria triste de aquella tarde, cuando rompió su hilo mi barrilete de seda, ¡la primera esperanza que se me fue de las manos!

Este es el Pueblo Caliente

Este es el pueblo caliente que cantó a pedradas mi infancia atrabiliaria. Huracanero y simple, un volcán te daba sombra y un río llenaba de gracia el alboroto blanco de tus casas con tejas. Todavía perfuman y brillan las dos dulzuras antiguas, aquellas que en las ferias vecinas no tenían igual. ¡Lugarejo sin nombre, lugarejo sin nada, sólo tú tienes naranjas y luceros dulces!

Eras iluminado y largo. Una palabra humilde te describe: **clarito**. Las tormentas que barrían tus basuras terminaban en música, y tú eras un color. La gente vivía de fiesta. Reían con gloria y hablaban cantando: la de los cántaros, la de las jícaras, el de los pájaros. Todos tenemos nombre de un ruido diáfano. Yo soy el niño pobre que corrió por tus calles, el **Choco** de los barriletes aligeros, el muchacho más loco que los viejos recuerdan persiguiendo nidos.

Mi niñez fue un asombro, una ventana abierta, y la vida del pueblo que pasaba toda vestida de flores. Desfilaban destinos, despertaban delirios, morían amores. Cada día, una curiosidad temprana abría la ventana, aquella ventana vieja que adornaba la casona solariega de la abuelita, hasta que la noche ponía una venda de estrellas sobre el vivir sin pecado del pueblillo.

Así sucedía todo en aquel rincón, breve, sencillo, con paso de seda. Pasaban las tristezas y las dichas como si las cantara la Tía Rosa, la que tenía las manos blancas y adivinaba el tiempo cuando se sentaba en el patio y decía mirando el aire: "Mañana lloverá", "tendremos sol", como si el cielo le hiciera señales.

Abramos la ventana. El pueblo es como siempre, mínimo y puro. Aquí estaba la torre, y el loco Juan le cantaba canciones a la niña Remigia, y en la Semana Santa llovía agua bendita... Abramos la ventana...

El Caballo

Tanto adoré lo que no tuve, que en mi alegría, el caballo y como la novia fueron una sola ilusión.

El Limonero

Era lo único del pueblo que florecía. Lleno de botones y chicos, parecía una escuela blanca abierta todos los días. Trinos, arriba. Risas, abajo. En aquellos contornos, nosotros y los pájaros, ¡nadie sabía leer!

La sombra del limonero se desnudaba en la pila, y las flores nuevas se morían por ser mejores que las alas de los zenzontles. Era una escolita breve, ¡y lo único del pueblo que no moría!

El Mendigo

Dos manos abiertas y un bordón que se oía a las cinco de la mañana. Allá sobra el sol... La gente no despertaba si se dormía el señor Mariano.

Y un día se durmió. Yo sólo vi una caja negra, y cuatro hombres sucios que la llevaban. ¡No le van a poner cruz? preguntó la Consuelo. Y el más sucio de los hombres sembró el bordón del viejecillo sobre la tierra removida.

Era Blanco...

Tiemblo porque no sé si está lo mismo... Una gracia, un candor, una boca marchita que me besaba apenas. Y en el aire esencias de flores rudas, aromas que en las mañanas eran como el corazón del pueblito que salía a tomar el sol. Estaba dormido aquel poblado. Pasaban los años y la gente decía: "este pueblo no cambia..." En mis andancias, las cartas de la tía seguían repitiéndome: "esto sigue lo mismo que cuando tú te fuiste..."

Y la dicha es amarga porque no sé si estás distinto. Pienso que desde la cruz del camino voy a mirarte, ya no triste, ya no blanco, ya no bueno. Sin la fragancia humilde, sin las manos dulces, sin nada, ¡sin nada!

La casa donde voló mi fantasía más alto que las palomas jubilosas que arrullaban en el alero, más lejos que las golondrinas de la tarde que pasaban sobre la paz del pueblo como una alegre nube cantando. En el patio, entre gallinas y flores, entre colores y alas, brillaba un loco misterio. Y veíamos el cielo que llegaba más allá de las últimas casas, todavía más allá de la finca. Era la primera sorpresa que nos daba lo eterno. Y en mis sueños extendía el color alucinante —¡sábana estrellada!— a las cosas queridas: celeste era el cariño de la abuelita, celeste el jugar de Isabel, celeste un camino mojado que se perdía por entre cerros lejanos que miraban el mar.

Y entonces el pueblo no cambiaba. Pasaban los inviernos, llegaba el verano. Los días corrían de puntillas apretándose el pecho para no hacer ruido. A pesar de la vida, el pueblo era siempre blanco, y yo en el patio de la abuelita quería entender el paso vasto de los celajes.

Y ahora tiemblo porque no sé si está lo mismo, o si eran mis asombros los que ponían una nieve iluminada sobre las cosas. Tiemblo si he de romper mi encanto cuando lo veo desde la cruz del camino, ya no quieto, ya no claro, ya no humilde.

Y cierro los ojos, y poco a poco, en el pecho se me va quedando dormido el pueblecito oloroso.

Un Viejo Amor...

En un árbol del patio grabé un nombre y escribí una fecha. "Lola. 13 de abril". Mi boca y mi corazón temblaban juntos.

Me cuentan que derribaron el árbol, que destruyeron la casita. El corazón y la boca ya no cantan a la par, pero a veces... "Lola. 13 de abril".

Sin Corazón

... Ahora me acuerdo de una muchacha sin amores que no reía nunca. Cruzaba a pasos muertos la calle. Regaba dulzura, llovía gracia de su desamor. "Las flores que se estujan huelen más", repetía un proverbio, y de ella volaba un aroma de martirio y pesar.

—¡Se murió la María!

Cuando el cura le dijo: —Te vas al cielo, dejas esta tierra de miseria, eres pura... ¿qué más quieres?

La señora Carmen lo contaba después. El cura lloró de lástima.

—¿Qué quieres?

Y entre las sábanas de la muerte la vocecita nota que se recreaba: —Un beso...

No sé por qué ahora me acuerdo de la muchacha sin amores que no reía nunca.

POEMAS ESCOGIDOS ...
(Viene de la página 1ª)

mit es como una gran ceiba milenaria que nos ampara aún y cuyas raíces se hundieron en el pasado remoto de la raza. ¡Ángel salvador de la Patria! Pero el ta angustiada, pinta la PATRIA

ACTA:

*Esta es mi Patria:
un montón de hombres; millones
de hombres; un panal de hombres
que no saben siquiera
de dónde viene el semen
de sus vidas
inmensamente amargas.*

*Esta es mi Patria:
un río de dolor que va en camisa
y un puño de ladrones
asaltando
en pleno día
la sangre de los pobres.*

*Esta es la realidad.
Esta es mi Patria; 14 explotadores
y millones que mueren sin sangre en las
entrañas.*

Esta es la realidad.

*¡Yo no la callo aunque me cueste el
alma!*

*¿Y la otra, la patria más pequeña?
¿La guardada en el corazón de la montaña
como en un profundo almarío?
CONTRA CANTO A SONSONATE
—como el contra canto a Walt Whitman
de Pedro Mir— dice la otra cara de la
medalla. El otro paisaje duro, la dura
geografía asesinated:*

*“los hondos ríos como venas rotas
de los brazos inermes de tantos fusilados
[que te pueblan].”*

Sí. Que otros digan y canten las tardes marineras. Oswaldo quiere hablar “solamente de recuerdos que ama”/ “tal vez por dolorosos...” El “Nahualzalco” trágico, rojo como la mancha que se quedó gritando/ en los escapularios de la Virgen del Carmen/ de tanto fusilado”...

*¡“Cómo podría ahora cantarte
[Sonsonate!
¡sino con tu tragedia de campesinos
[muertos
cubriendo la gran noche de la patria
[golpeada...!*

Allí Feliciano Ama desde el árbol colgando como un amargo fruto, nos ve eternamente “como un dios indio”. La tragedia del año terrible es una cruz a cuestas en el alma del poeta. ¿Y luego, qué? El tema de los exilios nuevamente. Desde el destierro el poeta aprende a encontrar la almendra verdadera. El exilio es “una oscura y calcinada piedra” desde donde recuerda nombres elementales como Anastasio Aquino y como Farabundo Martí “alto como la noche que cubre a Teotepicque, sonoro y palpitante como el Volcán de Izalco”. “Ágil como un venado perseguido”. “Simple como la luz que es de todos los hombres”. El más alto, el más claro, el más limpio. El nombre del gran fusilado.

Y así, del dolor cotidiano, construye su poesía. Pinta al niño que “abre la golondrina de su mano” mientras pasa una muchacha linda en un Cadillac último modelo. Este pintor del pueblo graba en bajorrelieves las escenas que duelen, los contrastes violentos. Hasta el feísmo de los murales de Diego de Rivera... Y se pregunta:

*¿Por qué no canta el pueblo
[alegremente?
¿Cómo puede cantar el hombre que le
[falta
la estrella de la leche en la mañana?*

*¿Cómo puede cantar, amaneciendo
como un perro nocturno
que tuvo que dormir en los portales?*

Y luego, la terrible intuición de la muerte apretándole el corazón malherido.

do. Ahora tiene plena conciencia de su misión, de su mensaje, así apretado en los vaticinios de su muerte. Pero no es la “muerte-consigo” de los existencialistas. El tema surge para justificar el canto, el grito de su poesía resonadora, antigua y nueva. De allí su reflexión exacta:

*La injusticia es la poderosa clave
del que quiere vivir en el presente.
Del que tiembla ante un mundo más
[humano,
repartidor de leche y de semillas,
iniciador de auroras donde el grano
será del hombre que hoy siembra de
[rodillas.*

*Decid conmigo,
cantad conmigo,
gritad conmigo
que una patria mundial ya se divisa
donde ha de darnos su alegría el trigo
para que nos florezca tu sonrisa...
y sabremos reír humanamente
y el mal habrá escondido su piedra
[calcinada,*

*y la paz como un ángel entregará su
[frente
para que se la bese, cantando, un
[camarada...!*

*Todo será distinto... hasta el amor
[más puro.*

¡Load conmigo! Sí, Oswaldo. Por esa verdad tan sencilla y tan simple, la palabra ya no debe tener más miedo. Es cierto que el camino es difícil, pero adelante nos guía una estrella madura. La historia está naciendo, pero tú no verás la aurora. La verá el Izalco desde sus altos faros, no lo dudes poeta. Y entonces quedarás reivindicado.

Desde tu poesía hemos vivido la historia y el drama del pueblo. 1944. El 2 de Abril. Persecuciones. Muertos. Fusilados. Y los que lograron salvarse en el exilio. Ahora me parece que nada más te han deportado a tí, muy lejos. Pero que regresarás, amigo, camarada. No sería justo que no hubiera otra vida para tí. Que todo se hubiera acabado para siempre. Seguirás viviendo junto a nosotros. Y a tu lado estará, la parte del corazón que más me duele: Víctor Manuel Gutiérrez. No conociste su terrible sacrificio, si no, lo hubieras cantado, como gritaste el dolor de Víctor Marín y de los otros. Se parecía a tí, Oswaldo. Era sensitivo y dulce. Y lo sacrificaron. Lo asesinaron. Y como si fuera una maleta cualquiera, ataron cuarenta cadáveres y los echaron al mar. Eso acaba de ocurrir en Guatemala, la de las rosas puras que tú cantaste...

OSWALDO ESCOBAR VELADO merece ya una edición crítica de sus Obras Completas, precedida de un estudio exhaustivo de su poesía. La edición crítica de un texto poético, es aquella que ha sido realizada sobre la base de las primeras ediciones, las más próximas a la voluntad del poeta. Aquella que ha sufrido las correcciones del autor, e introducido todas las modificaciones que ha considerado necesarias. Puede definirse como texto merecedor de confianza, el que representa la voluntad del autor. La edición crítica debe hacerse cuando los autores han muerto y continúan imprimiéndose sus obras, y por tanto, entre el autor y el lector se han interpuesto varias personas.

En el caso de Rubén Darío, filólogos y críticos han recomendado a los editores que se le dé “trato de clásico”. Aconsejan la edición crítica de sus Obras Completas, ya definitiva para evitar el peligro de cambios y correcciones arbitrarias sin el correspondiente aparato crítico. Editarlo con todo el rigor con que proceden los editores de un libro de los siglos de oro.

Una obra así, con toda la precisión erudita de la Moderna Crítica de Textos, es la que recomendamos para Oswaldo Escobar Velado, con un Prólogo digno de su poesía. El Prólogo que nos gustaría hacer en un estudio definitivo. Y también lo recomendamos

CAMILO TORRES, Y...

(Viene de la página 2)

pañado, cada vez en mayor medida, de una lucha de masas, de obreros y de estudiantes, en la que católicos y comunistas aparecen unidos, combatiendo por mejores condiciones de vida o por un régimen de libertades democráticas. Alcanza ya tales proporciones y tanta profundidad este hecho nuevo, que Santiago Carrillo, Secretario General del Partido Comunista de España, encontró oportuno no hace mucho expresar de esta manera su opinión: “Creo que el porvenir de España reside en la posibilidad de que las dos grandes tendencias del país, marxistas y católicos, podamos llegar a un acuerdo”.

¿Y qué sucede, entretanto, en América Latina? Monseñor German Guzmán, colombiano, ha reconocido que “La Iglesia en América Latina está sobre estructuras medievales”, señalando al mismo tiempo que “Ha llegado un momento en que ante la necesidad de un cambio de estructuras en América Latina, la Iglesia está obligada a tomar decisiones”. Monseñor Guzmán subraya: “Esta es una decisión de vida o muerte: o con el pueblo o contra el pueblo”.

El conflicto que se plantea a la Iglesia Católica es, ciertamente, muy grave. En una declaración hecha cuatro años atrás, en 1963, la máxima figura de la Iglesia Católica chilena, el Cardenal Raúl Silva Henríquez, ya apuntaba: “En el año 2000 Latinoamérica tendrá 600 millones de habitantes. Es un problema serio determinar cuál será la ideología de este Continente. Creo que si las situaciones políticas y sociales siguen siendo las mismas como al presente, sin duda América Latina se tornará comunista”.

La Iglesia no es una clase social. Pero puede identificarse con los intereses de una determinada clase social. Cuando se identifica con una clase social minoritaria explotadora, como ha sucedido a lo largo de la historia, la Iglesia enfrenta contradicciones con las mayorías populares. Y cuando en condiciones tales surge un sacerdote o todo un sector del clero que se identifica con las clases populares y sus aspiraciones, entonces el conflicto se plantea dentro de la propia Iglesia. Se trata de un conflicto que, en suma, refleja el antagonismo de clases que se registra en el seno de la sociedad entera.

Por lo que se refiere al caso del Padre Camilo Torres, en la medida en que se dedica a la lucha social y política y adopta posiciones revolucionarias, su enfrentamiento con la autoridad eclesiástica de su país llega a ser inevitable. Se manifiesta así dentro de la Iglesia la pugna histórica existente en Colombia, lo mismo que en el resto de nuestra América, entre dos posiciones: por un lado, la defensa del régimen caduco que aún subsiste; y por el otro, el impulso hacia una reforma fundamental de las estructuras económicas, sociales y políticas.

Recordemos a propósito, que el propio Camilo Torres se encargó de denunciar para las obras de Gavidia, de Masferrer y de nuestros escritores centroamericanos.

Esta primera edición preparada por la Editorial Universitaria, es una selección de libros del autor y de los poemas dispersos en periódicos y revistas. Algo así, como las EDADES DE SU POESÍA en el Itinerario de su Viaje. Es un esfuerzo apreciable que debe ser coronado con sus Obras Completas que reúnan ya no solamente los Poemas Escogidos, sino toda su obra dispersa y valiosa. Habría que incluir la poesía contenida en todos los manuscritos, la Biografía de la Sangre Rebelde y cuanto dato sea preciso para la búsqueda de los originales auténticos que el autor ha dejado en manos distintas.

MATILDE ELENA LOPEZ.

San Salvador, 15 de Julio de 1967.

ciar, en sus días ya de intensa lucha, que en Colombia —y éstas son sus palabras textuales— “la clase minoritaria tiene condicionada toda la economía, la cultura, el poder político, el poder burocrático y también el poder eclesiástico”; y recordemos además que él mismo afirmó en otra oportunidad que la jerarquía colombiana es “una maquinaria eclesiástica al servicio de 24 familias”.

En el clímax de su enfrentamiento con la jefatura de la Iglesia colombiana, Camilo Torres se entrevista con el Cardenal Luis Concha Córdova, que ya antes le había impuesto sanciones por su conducta política. El Padre Camilo Torres refiere enseguida que la entrevista no pudo durar más que cinco minutos, sin que él pudiera decir una palabra, y que el Cardenal le había espetado que “a su entender ya estaba atacando la propiedad privada”. He aquí en síntesis, la razón del desacuerdo definitivo entre el Padre Camilo y sus superiores.

La jerarquía colombiana es “una maquinaria eclesiástica al servicio de 24 familias”, dijo Camilo Torres. Para los salvadoreños es del caso añadir esta observación: que en Colombia son 24 las grandes familias todopoderosas, las que en El Salvador suman sólo 14. Conviene, a propósito, que volvamos la vista sobre las actitudes de la Iglesia Católica Salvadoreña.

Es interesante tener presente que el señor Arzobispo de San Salvador dijo en una Carta Pastoral emitida hace un año, el 6 de Agosto de 1966, que “si las estructuras políticas o económicas condicionan a una parte importante de la población a vivir en situaciones donde el hombre normal no puede alcanzar su pleno desarrollo humano, esas estructuras tienen que cambiar. Porque es el hombre el centro de la sociedad y ésta tiene que estar ordenada a él y no ésta a la sociedad”. A lo anterior añadió que “cuando decimos que las situaciones de injusticia están clamando una reforma social, estamos pidiendo justicia, estamos pidiendo para todos los hombres ese respeto de su dignidad humana”.

Yo digo: ¿Qué hombre que piense rectamente, que conozca las realidades dolorosas de nuestro país, que comparta la convicción de la necesidad urgente de introducir cambios, puede dejar de estar de acuerdo con ese planteamiento de la Carta Pastoral del Arzobispo de San Salvador, no importa cuáles sean las opiniones filosóficas o religiosas que profese?

El problema entre nosotros surge cuando se vuelve necesario poner en claro cómo se habrá de alcanzar la reforma social propuesta, el cambio de las estructuras políticas y económicas, el nuevo ordenamiento de la sociedad teniendo al hombre como su centro. ¿Quiénes harán posibles estos objetivos? ¿Por qué medios? ¿Deberán ponerse de acuerdo entre sí?

Me atrevo a decir que la Iglesia Católica salvadoreña volvió frustráneos tan altos propósitos manifestados pocos meses atrás, y contradijo flagrantemente el espíritu del “aggiornamento” cuando, en febrero de este año, por razones o presiones políticas del momento electoral que se vivía, el Episcopado Salvadoreño emitió una declaración conjunta, advirtiendo a todos los católicos, como en los viejos tiempos intransigentes, contra el “peligro comunista” y llamándolos a repudiar, por su propia fidelidad a la Iglesia y a la Patria —y éstas son sus palabras— “toda doctrina que divulgue el comunismo ateo tan repetidas veces condenado por la Iglesia”, todo esto a pesar de saber bien la misma jerarquía eclesiástica salvadoreña que su repudio afectaba, sí, en primer término, al comunismo y a los comunistas, pero alcanzaba además por igual a todos los que, con ocasión de la campaña presidencial, habían intensificado su demanda pública a favor de los cambios en el país, recibiendo por ello, de las mi-

(Pasa a la página 7)

LOS TOROS...

(Viene de la página 3)

si les volvían a hacer puente o por lo menos les mandaban suficientes materiales, que ellos traccían a como hubiera lugar. "Sí, vecinos —dicen que dijo—, ya ven que ahora que asoleo tantas canas hasta regalo mi conciencia, pero es porque lo necesitamos. Qué Toro Amarillo ni qué albarda. El río no tiene la culpa. Es como es, ya está, pero él no lo sabe. El jodido hace lo que puede y nos da buen bobo y buen guapote a cambio de los muertos que se ha tragado. Mas no progresaremos si no le volvemos a doblar el espinazo con un gran puente de fierro".

Y no ese candidato, no señor, que cuando subió a Presidente qué va a ser, si te vi no me acuerdo con Paco Godínez y los demás: otro gobierno, cinco años más tarde, les mandó los materiales y cuatro trabajadores. Otra vez viejos y jóvenes sacaron tiempo al tiempo y fuerzas a sus fuerzas para ayudar, pero ahora los dirige un ingeniero en persona.

—El mismo —interrumpí— que se alojó en nuestro cuarto?

—El mismo, sí —respondió mi ayudante—. Paco Godínez tuvo tiempo para entabícarse bien y arreglarle una buena cama. Y por cierto que el ingeniero no perdió el tiempo. Dejó también por ahí regado a un hijo mientras dirigía los trabajos. Le dio un nieto a Paco Godínez. Lo único fue que éste no lo pudo saber... porque ya terminada la obra, cuando se agachó a levantar un cajón de herramientas en la pura mitad del puente, cayó redondo al piso sobre los tablonés de cachá que él había ayudado a rajar a punta de cuña y mazo. Lo alzaron como muerto, y aunque la peleó unos días, no hubo Dios posible. Hasta allí se la prestó. Eso que llaman infarto, creo.

Usted leyó la placa. La vinieron a fijar con todo y cura, gobernador y ministro de transportes. Era domingo, y a esas inauguraciones les ponen periódico y música. Pero la comitiva se encontró con la sorpresa: mi tata y otro vecino cuidaban el puente del lado de allá. Lo habían cerrado con dos hilos de alambre de púas.

"Aquí no pasa nadie" dijeron. jeron.

¿Se habían vuelto locos? El ministro enojeció; se desconcertó el cura; el gobernador avanzó con la cartuchera de su revólver, y entonces mi tata y su compañero levantaron los machetes.

"Un momentico, señores, hágannos caso, por favor, o tendrán antes que matarnos", volvieron a decir y señalaron la otra orilla.

Allá se alcanzaban a ver apenas sombreros de hombres y cabezas de mujeres y un ataúd de cedro, labrado la víspera por la tarde. El

CAMILO TORRES, Y...
(Viene de la página 6)

norías privilegiadas y sus voceros, el mote genérico de "comunistas".

La misma Constitución de la Iglesia en el mundo actual acepta, como ya lo vimos antes, la necesidad y la importancia del diálogo, destaca que éste debe desarrollarse entre todos los hombres, creyentes y no creyentes, y propone además que todos "deben colaborar en la edificación de este mundo en el que viven en común". En la declaración del Episcopado Salvadoreño, ¿dónde aparece mencionado el diálogo? Según ella misma, ¿con quién hay que desarrollar el diálogo? Y si el diálogo queda descartado para el caso de nuestro país, ¿cómo entonces se piensa que llegará a ser posible alcanzar el cambio de las estructuras, la conformación de una nueva solución?

A un problema como éste, el Padre Camilo Torres respondió, en su momento y en Colombia, con frases y actitudes tan concretas como categóricas y fecundas. Cuando se le preguntó, en una entrevista para la Revista "Índice", de Madrid, por qué, siendo él un sacerdote, predicaba la revolución, declaró: "Porque lo esencial del cristianismo está en la eficacia del amor al prójimo"; apuntando más adelante: "No se trata de tener buenas intenciones en el amor al prójimo sino de ser eficaz en ese amor, en darle lo que necesita, y creo que en nuestros países no se puede conseguir eso sin una reforma fundamental en las estructuras económicas, sociales y políticas. Yo creo que la forma de traducir la caridad hacia el prójimo es la revolución".

De la "revolución colombiana", que él propugnaba, explicó que se tenía que hacer con la participación de "todos", y cuando se le preguntó si este "todos" comprendía también a los comunistas, "cristianos y comunistas hombre con hombre", él repuso sin rodeos: "sí... La única fuerza de las clases populares es que son las mayorías, y esas mayorías no se pueden fraccionar por razones filosóficas y especulativas, cuando existen consideraciones tan inmediatas como tener hambre y tener desnudez, que son comunes a los marxistas y a los católicos".

Pero todavía llegó más lejos Camilo Torres, porque no se limitó a decir que la revolución era necesaria y que debían hacerla "todos", uniéndose, sino que también señaló el camino a seguir, proponiendo, como el inmediato, el pacífico, mas advirtiendo que se recurriría a la violencia si no se alcanzaba la meta revolucionaria con las solas formas de la lucha pacífica. Dijo entonces el sacerdote que después se convertiría en guerrillero:

"Lo que intentaremos ahora es que las decisiones vengan de los grupos mayoritarios. Por lo tanto, hay que crear conciencia, una conciencia nacional entre las mayorías. Después se puede empezar una organización. Esa organización debe luchar para tomarse el poder, puesto que las grandes decisiones que son capaces de romper el subdesarrollo son decisiones gubernamentales. Para tomarse el poder, hay que agotar, como cristianos, las vías pacíficas. Pero si se agotan éstas no debe olvidarse que las vías violentas se justifican por la doctrina católica de la guerra justa y la rebelión justa, de acuerdo con Suárez y Santo Tomás".

Camilo Torres comenzó entonces llamando a las distintas fuerzas revolucionarias a la constitución de un Frente Unido, en torno de su Plataforma, y proponiendo que la unidad debía hacerse "sin distinción de credos religiosos, filiación política, grupo o caudillo". Cuando las condiciones de la lucha lo

so) del mediodía chispeaba en los bocados dejados en su lomo por la azuela.

"Primero pasa el entierro".

empujaban más y más a la violencia y cuando sus diferencias con la alta jerarquía eclesiástica llegaron a un punto de no solución, Camilo Torres pidió se le relevara de su ministerio sacerdotal. El mismo justificó este paso, así: "No quiero faltar a esta disciplina, ni quiero traicionar mi conciencia. Por eso he pedido a Su Eminencia el Cardenal que me libere de mis obligaciones clericales para poder servir al pueblo en el orden temporal".

De esta manera, el Padre Camilo Torres obtuvo una relevación regular de sus actividades sacerdotales. Luego, él explicó que no había renunciado a su condición eclesiástica pero que volvería a ponerse la sotana hasta "después que se haga la revolución".

Finalmente, en las postrimerías de 1965, el cura Camilo se fue a las guerrillas, incorporándose al Ejército de Liberación Nacional, en el que dijo encontrar los mismos ideales que en el Frente Unido. Claro que para esta decisión ya no obtuvo el permiso eclesiástico y el paso lo dio Camilo Torres por sí solo. Había llegado ya a la conclusión, según manifestación propia, de que "el pueblo sabe que las vías legales están agotadas... El pueblo sabe que no queda sino la vía armada. El pueblo está desesperado y dispuesto a jugarse la vida para que la próxima generación de colombianos no sea de esclavos...".

Poco tiempo después, el 15 de febrero de 1966, Camilo Torres cayó en pleno combate, enfrentándose a efectivos de las fuerzas armadas colombianas.

El sacerdote colombiano Gustavo Arrazola, en un artículo publicado en el semanario "Caritas", diría después que "al padre Torres lo mató la confabulación de terratenientes, militares, grandes ricos egoístas y parte de la alta jerarquía católica, dirigidos todos por el imperialismo que se asienta especialmente en Norteamérica".

Gilberto Vieira, Secretario General del Partido Comunista de Colombia, en un artículo titulado "El Padre Camilo Torres, héroe y mártir de la Revolución Popular Colombiana", llamaría por su parte al sacerdote sacrificado "una personalidad excepcional", diría de él que fue "un revolucionario cristiano todo sentimiento y fervor", y agregaría: "Mártir es quien padece mucho o muere por creencias, convicciones y causas, según la definición clásica, pero se trata de un mártir que cayó combatiendo y, por lo tanto también es un héroe".

En Colombia, el ejemplo del curaguerrillero es motivo de inspiración para otros sacerdotes, sobre todo sacerdotes jóvenes, y también para los revolucionarios combatientes. Esos jóvenes sacerdotes han insistido públicamente en que el Padre Camilo, por su lucha redentora, estuvo justificado ante la Iglesia. Entretanto, en las montañas del departamento de Santander, un frente guerrillero aparece bautizado con el nombre de "Camilo Torres Restrepo".

Para terminar, unas palabras sobre la importancia del diálogo a la luz de las enseñanzas del Padre Camilo Torres. Diciéndolo de una manera directa, yo pienso que el verdadero valor del diálogo resalta, no tanto cuando éste se limita a un puro ejercicio dialéctico, sino particularmente cuando conduce a la unidad en la acción, por objetivos comunes y teniendo como base los intereses del pueblo y de la nación.

Los que se llaman a sí mismos revolucionarios, pero que le temen tanto a las alianzas con otras fuerzas revolucionarias que rehuyen inclusive el simple diálogo, no comprendo qué clase de revolucionarios son, ni qué servicio le prestan a la revolución, ni qué contribución efectiva dan a la causa de la liberación del pueblo.

Los organizadores de esta Mesa Redonda me señalaron el tema, como antes dije, de "Camilo Torres y el diálogo entre revolucionarios". Yo entiendo que el simple diálogo puede estar bien cuando en él participan unos que son

revolucionarios y otros que no lo son. Alguna utilidad puede prestar, desde luego. Como ha dicho el filósofo marxista francés Roger Garaudy, participando en una de esas reuniones, realizada en Salzburgo hace dos años, el diálogo sirve para el mejor conocimiento recíproco y sirve para que cada uno "aprenda a comprender que también los demás saben responder".

Pero cuando se trata de revolucionarios, si lo son de verdad, a lo que deben enfrentarse ya no es simplemente a la conveniencia del diálogo, sino sobre todo al deber de la unidad, de la unidad por lo menos en alguna de sus formas: si no es la unidad orgánica, puede ser la unidad en la acción.

A los revolucionarios, aunque haya entre ellos diferencias de matices o de posiciones, los une el objetivo común de la revolución, esto es, de la transformación de las estructuras económicas y sociales del país y de la liberación de éste de la tiranía política y del dominio imperialista extranjero. No cabe duda de que, sobre el fondo de este gran objetivo común, puede haber toda una gama más o menos amplia de cuestiones precisas capaces de constituir una plataforma también común para la acción. Teniendo en cuenta tal posibilidad, el diálogo entre revolucionarios debe proyectarse concretamente y conscientemente como un camino hacia el mejor conocimiento mutuo, hacia el entendimiento, el acercamiento y la unidad.

¿Es intransigencia sectaria presentar y subrayar así las cosas? Estoy seguro que no. No puede ser muestra de sectarismo el insistir en la necesidad de la unidad. Por el contrario, el verdadero sectarismo es el que coincide con la dispersión de fuerzas que a su vez le hace el juego a los opresores del pueblo y de la nación.

Dentro de la unidad, no será el principal propósito de ninguno, catequizar al otro. El principal propósito de todos tendrá que ser el de actuar conjuntamente en pos de los objetivos que se ha establecido que son comunes.

Tampoco se quiere decir con lo anterior que se deberá olvidar, encubrir o abandonar las diferencias existentes entre los participantes de la unidad, para entregarse a una idílica coexistencia ideológica. Las diferencias, más o menos profundas, es lógico que subsistan y es saludable que la lucha y el debate continúen desarrollándose en torno de ellas. Está demostrado por la teoría y la experiencia que la unidad y la lucha no sólo pueden sino que deben desarrollarse entre fuerzas que tienen diferencias entre sí pero que bregan por una meta común.

Muy importante, por lo demás, es que la unidad no se desarrolle sólo por arriba, al nivel de los círculos dirigentes. La garantía de su firmeza, de su permanencia y de sus triunfos está en que la unidad se desarrolle por la base y en todo movimiento de masas: de obreros, estudiantes, mujeres, jóvenes, etc.

Concluyo citando, a propósito del tema de la unidad entre revolucionarios, algo dicho por el Padre Camilo Torres en uno de sus últimos artículos ("Cristianismo y Comunismo") definiendo cómo concebía él su trabajo cerca de los comunistas dentro del Frente Unido. Dijo así:

"Yo no pienso hacer proselitismo respecto de mis hermanos los comunistas, tratando de llevarlos a que acepten el dogma y a que practiquen el culto de la Iglesia. Pretendo, eso sí, que todos los hombres obreros de acuerdo con su conciencia, busquen sinceramente la verdad y amen a su prójimo en forma eficaz.

"Los comunistas deben saber muy bien que yo, tampoco, ingresaré a sus filas, que no soy ni seré comunista ni como colombiano ni como sociólogo ni como cristiano, ni como sacerdote.

"Sin embargo, estoy dispuesto a luchar con ellos por objetivos comunes: contra la oligarquía y el dominio de los Estados Unidos, para la toma del Poder por parte de la clase popular".

Poemas de Ricardo Bogrand

María del Carmen

I

Es que la vida no había traído un dolor
tan perennemente extraño.
Y como la ceniza que se vierte
las manos arden
y arde la sonrisa,
las uñas se rebelan
y el corazón se sale de su órbita.

Es que el dolor tiene un vestido en todo,
es invierno y verano,
musgosa soledad
y piedra en sombra.

Hace dos años, María del Carmen,
estrella de mi voz y terrenal origen,
cayó tu rostro de mujer agraria
al fondo de la tierra, de tu tierra,
y tu cabello negro, siempre negro, fue a buscar
nueva savia.

María del Carmen, resignación de pueblo
en tu mirada,
lucha la de tus manos
por el pan de la aurora
y la esperanza.
Viajé desde tu barro-corazón hasta el mundo
penetrado de anhelos.

Muerte la de tu sangre,
de voz a voz el aire abría tu partida,
y en mi clara tragedia,
inconfundible,
tu adiós quemaba el surco donde sembró tu
este recurso mío de mostrar la lágrima. [mano]

Hace dos años, María del Carmen,
y ahora estoy viviendo
de tu constante esfuerzo campesino,
de tu morir en sombra
mostrando al sol la cara.
Porque llevé en las venas
ese genuino estado de los hombres
que no lanzan un grito,
no obstante que la sed
envenena el cerebro.

Yo que crecí entre el pueblo, entre tu pueblo,
que recorro la ruta de los hombres que luchan,
que presiento que a veces se me acerca la
y no termino nunca
este retrato alegre de los granos distintos,
vengo a buscar tu nombre
y dentro de la tierra
que te cubre y te quiere,
hundo mi puño herido
para que no se oculte la estrella que anhelaste
ver en los rudos pechos de los hombres del
[muerte] [mundo].

En nuestro barrio, madre, nuevos niños
se agitan en los morenos brazos de sus madres.
Y todos crecen, aman como nosotros y
[esperan].

Niños de la Colonia Belén

II

¿Cómo quien de esos niños era yo?
¿Cómo quién?
A veces recuerdo algún momento feliz:
A veces recuerdo una rústica carretilla,
unos bueyes de madera
y un camino trazado con las uñas.

¿Cómo quién de esos niños era yo?
No como ese de la camisa roja
y los zapatos polvorientos.

No como ese niño que juega y mira
la esperanza.

No como aquel que ríe
y grita
y se agiganta,

y lo destruye todo
y lo construye todo.

¿Cómo quién de esos niños era yo?
Yo era un terrón de sucia azúcar,
una infancia de arena,
una campana de sellado grito.

Ahora veo estos niños,
Todavía no saben de la futura aurora.

Alguien de ellos dijo: allí está el viejo,
cuando mi barba se mostró a la luna.

Todavía no saben... y quizás saben
que hoy estamos buscando la mañana
para depositarla entre sus manos
junto al pan
y la vida.

San Miguel

III

Estas calles,
estas casas, figuras del henequén viajero.
Este cielo algodón que baja y se detiene
junto a la ventana.

Estos muros con musgos apagados,
el sol frota sus hilos
y se viene la tarde desde su abierta orilla.

Por estas calles,
por estas mismas plazas
donde cruzó la bota y la sandalia,
donde la lanza penetró muy hondo
y el zenzontle cayó cerrado y grave,
deambuló mi camisa agujereada
con la iniciada forma de mis pasos.

Y esta ciudad silente, donde el viento
repite cada estrella y cada lágrima,
cubrió la pequeñez de mi latido en los años
[de niño].

San Miguel, allí estabas con tu parque de
[flores]

y tus pájaros,
con tu morena realidad de siglos,
con tu Francisco Antonio y tu Gerardo.

Y yo venía de mirar las sombras
de tus hombres sin mancha,

y empezaba a sentir que las auroras
no eran sólo los pájaros
ni la brisa que tiembla entre tus árboles.

Una mañana, cuando el sol cantaba,
la estatua de mi madre germinaba en el vaso
abonado de tu tierra.
Y otra mañana tú la recibiste, San Miguel,
[tu tierra]

abrió los brazos
y el corazón se me llenó de ausencia.

Hoy te veo y te cubro con esta mano abierta,
y dilato tu nombre
y te repito.
Señalo cada una de tus luces
y te lanzo al mañana, a tu mañana.

San Miguel, desde aquí le hablaremos al
[mundo],
llamaremos a todos los hermanos del mundo
para estrechar las manos
y caminar unidos a la aurora.

A la aurora del hombre, que está cerca
y se agiganta con maíz y trinos.
A la aurora del pan y la sonrisa,
de la justicia y de la paz ansiada.

Vamos a recorrer todas las calles del mundo...
y en cada casa brillará una estrella.

Cuando el pan sea nuestro

Aves de cada noche, de cada roja estrella
desplegada en el tiempo.

Corazón de la nada.
Mariposa.
Trigo que va de mano en mano a las manos
[del mundo].

Esta voz es de todos.
Mis manos son de todos.
Mi canción es de todos:
Un hombre está en el ángulo del canto.

Nacido sin la harina
esparcida en la tierra sorprendida,

he recorrido todas las miradas
anhelantes de pan y de sonrisas.

El pecho se me llena de luciérnagas
sobre el arado que prelude el grano.
Este pan de mañana será tuyo,
hombre que has enterrado las metralas.

El fusil será mudo testimonio
de las grietas abiertas con la sangre.

Cuando el trigo amanezca
sin miseria y sin lágrimas cubierto
la paz habrá nacido
en la cosecha.